

COLABORACION DE LA VANGUARDIA

MIEDO DE LA CIENCIA

LA COSA COMENZO CON FRANKENSTEIN

DESDE luego, la gente de nuestro tiempo suele sentirse inclinada a «confiar» resueltamente en la Ciencia: en la Ciencia, con mayúscula, y sobre todo, en sus múltiples, bondadosos y prácticos artilugios. De eso no cabe la menor duda. La vida entera del llamado hombre civilizado discurre entre axiomas y máquinas cuyo origen se sitúa en las cátedras y en los laboratorios. No hará falta bajar al detalle de los ejemplos-recordatorio: antibióticos o trasplantes de vísceras, bombas nucleares o trastos electrodomésticos, informática o lógica matemática... Ante tal y tan abrumadora avalancha de beneficios, el ciudadano normal y boquiabierto tiende a colocarse en una actitud explícita de reverencia. Más o menos, la que en la Edad Media dedicaba a san Roque, hoy la dedica a la penicilina, pongamos por caso, y salvando las distancias. Algún observador reticente se ha atrevido a calificarla de «superstición». La «superstición de la ciencia» sería, en efecto, el distintivo de la época que nos tocó en suerte. El asunto se presta a lentos y complicados comentarios, por supuesto. Pero las apariencias, o unas claras apariencias, corroboran esa interpretación.

Sin embargo... Yo no lo veo tan claro. Reconozco que la multitud anónima y resignada de que formamos parte propende a la sumisión respetuosa, cuando el argumento o la ventaja de la Ciencia se le formula de manera taxativa. Digase «superstición», si se quiere. Pero resulta todavía más evidente el «recelo» que la «confianza». Por un lado u otro —por muchos lados, al fin y al cabo—, esa presunta seguridad «científica» padece asaltos y aflicciones bastante considerables. En realidad, el vecindario tiene miedo de la Ciencia. Un miedo casi cerval: por lo menos, medieval. Para no abusar de la expresión, apuraré el matiz: una enorme masa de contemporáneos de la televisión y de los cohetes espaciales «teme» las últimas consecuencias del desarrollo científico. «Ciencia, sí; ma no troppo», es su cautelosa opinión. Y no acostumbran a pensar en las catástrofes nucleares, precisamente, cuando piensan así. Sus aprensiones son «anteriores» —conceptualmente anteriores, si vale el término— a la fisión del átomo para usos bélicos. Es un «recelo» mucho más profundo.

Quizá no fuese demasiado absurdo remontarnos a Mrs. Shelley, para definir con una tímida aproximación las inquietudes «anti-científicas» a que aludo. Mary Shelley, la esposa del conocido poeta inglés, escribió un novelucho particularmente afortunado: «Frankenstein». Lo escribió en 1816, durante unas veladas lluviosas de verano, pasadas en un cómodo refugio de las proximidades de Ginebra. Para matar su inmortable aburrimiento, Shelley, Byron y algún contertulio menos ilustre, se entretenían inventando historias macabras. La señora Shelley inventó la suya, y la fijó en unas cuartillas. «Frankenstein» consiguió un importante éxito. Lo consiguió de entrada, en las ventas del libro impreso; pero más aún en una vaga posteridad, entre proverbial y cinematográfica. Frankenstein, el doctor Frankenstein, para los habitantes del Occidente literario de los últimos cien años, es «algo» tan consistente y serio como Fausto, Margarita Gautier, Carmen, Ben-Hur o Ivanhoe. Son «mitos» obviamente digeridos, aunque nadie haya leído el papel original. Frankenstein flota en la memoria de mi generación a través de Bela Lugosi, de Boris Karloff, o de Dios sabe quién (y me excuso de los errores ortográficos que haya deslizado en los nombres y apellidos de los beneméritos actores mentados...). La verdad es que los únicos nombres y apellidos que el Frankenstein del cine sugiere son los de Mary Shelley. Cosas de la vida.

Pues bien. Con su «Frankenstein», Mary Shelley abrió el fuego contra la Ciencia. Tal vez la pobre señora no se dio cuenta de lo que hacía. O tal vez sí. Sentada junto al fuego, en las sobremesas nocturnas, pudo oír los mayores dilates de bocas tan conspicuas como la de su marido y la de lord Byron: estos dos insignes románticos «desconfiaban» de la Ciencia. Los románticos, en general, fuesen insignes o no, «odiaron» la Ciencia. Era su turno. El siglo XVIII, racionalista y limpio —relativamente racionalista y relativamente limpio—, constituía la instancia «antagónica» para ellos. Estaban en contra. No discutiremos si con razón o sin razón. Personalmente, sostengo que contra la «razón» no se puede estar ni ir con razón. Pero esto es secundario. Ellos estaban en contra, repito. Y de ahí surgió «Frankenstein». La historia es archisabida:

un joven «científico» descubre la forma de fabricar seres vivos mediante trozos de cadáver, y construye un monstruo forzado y horripilante. El monstruo en cuestión, una vez en marcha, se ve obligado a cometer crímenes ignominiosos. Las circunstancias que determinan su conducta maligna son secundarias. Lo que importa es que una «creación» científica, a la larga, se convierte en absoluta encarnación del Mal. También con mayúscula: Mal.

Invito a mi lector a que haga las pertinentes comparaciones con los seriales televisivos o con las narraciones de «ciencia-ficción», y —¡ay!— con no pocos relatos de «anticipación» firmados por excelsos intelectuales de marca solvente. Ya se sabe: el hombre, borracho de ciencia, ide Ciencia, confecciona un robot, un cualquier artefacto prodigioso, y siempre, siempre, siempre, la cosa acaba como el rosario de la Aurora. El robot mata, destruye, corrompe, avasalla. Y detrás de su acción está la Ciencia. En la Edad Media, según la fábula posterior —«científica»—, el peligro venía del «aprendiz»: el «aprendiz de brujo» desencadenaba la calamidad, porque era un inepto; no se conoce ninguna hecatombe provocada por el brujo titular, competente y circunspecto. En nuestros días —comenzando por Frankenstein—, se desconfía del «brujo»: del «científico». Desde su cátedra o desde su laboratorio, este extraño individuo está en condiciones de provocar molestias angustiosas. Los humildes e ignaros peatones, que apenas hemos cursado otra cosa que el bachillerato, somos tiernamente susceptibles de quedar impresionados ante esa amenaza.

«Alguien», evidentemente, desea indisponer nos con la Ciencia. La Ciencia maternal, que nos provee de dentífricos, de reactores, de libeemes, de pulmones de acero, de Apolos XIII, de microsucos de Monteverdi, es «igualmente» una torva inminencia: la inminencia de su rebelión contra el hombre. Otra mayúscula: el Hombre. Lo afirmaba ya Nietzsche, lo repetía Tolstói, lo reiteran Toynbee, Malraux, Camus. Y muchos más, que prefiero olvidar. La «criatura» artificial —técnica, «científica»— se impone a quien la manufacturó: el robot es indócil. Lo vemos cada día en los films «ad usum Delphini». Mary Shelley hace decir a su monstruo estas

palabras decisivas: «Tú eres mi creador, pero yo soy tu dueño: ¡obedece!». No ha progresado mucho el «anti-cientifismo» popularista, de cuño teleyanqui. Los caricaturistas europeos, anarcoides o no, abundan en el tópico: los chistes a costa de la computadora insolente son innumerables. La «máquina», obra humana, al servicio del hombre, se revuelve contra el hombre. Esto es lo que se nos quiere inculcar. Que la criada —la criatura— nos ha de salir necesariamente respondona. O que existe ese riesgo.

Me atengo a las páginas de Mary Shelley. Cuando el doctor Frankenstein se entera de un primer homicidio en su familia, con la carambola de un falso culpable igualmente inmolado por los tribunales, ya da por sentado que la truculenta manobra viene causada por su propia «ciencia»: por el «monstruo» que él inventó. No vacila ni un segundo en afirmarlo. No necesitó mayor confirmación. La esposa de Shelley deja escapar una frase sutil, retorcida, preciosa: «La mera presencia de la idea era prueba irresistible del hecho». Jurídicamente, esto es una perfecta animadada. Sólo un romántico —en femenino, aquí—, osaría preferirla. Pero lo que me interesa destacar es que, en última instancia, Mrs. Shelley ya presupone la «idea» de culpabilidad al imaginar su novela: la culpabilidad del «monstruo», o sea, la culpabilidad de la Ciencia.

De la tosca manufactura del doctor Frankenstein derivan todos los «monstruos» mecánicos con que se asusta a los auditorios de las pantallas grandes y pequeñas, y a los lectores de sociología polémica. Es la «idea»: «la mera presencia de la idea...» Se trata de que, en principio, ante cualquier eventualidad desgraciada, imaginemos la mano negra de la Ciencia. Eso es suficiente para atribuirle la responsabilidad del «hecho». No importa que la relación de causalidad sea exacta o no. La Ciencia es el reo. La «superstición», huelga decirlo, sigue su curso. Con el aval —aparte Mrs. Shelley y su «Frankenstein»— de...

Joan FUSTER

AMISTADES DE UN SABIO

HUMBOLDT Y SIMON BOLIVAR

HUMBOLDT fue un científico que, además de la ciencia, se ocupó también de muchas otras cosas, especialmente de filosofía y de política. De esto último, hoy día, no le hubieran dejado ni opinar pues, no sé por qué, ahora cuando un científico —un físico, por ejemplo— expone sus ideas sobre política, es abucheado por muchos que le exigen que se limite a su especialidad. Evidentemente, cuando un científico célebre se pone a hablar de política, sería una impostura que pretendiese tener en este terreno la misma autoridad que se ha ganado en el campo científico, pero de esto a que no pueda exponer sus ideas políticas, como otro ciudadano cualquiera, va un abismo, pues no sé que se haya demostrado que el saber físico, por ejemplo, obnubila el sentido de la política (y conste que no lo digo por mí, que pocas son las ganas que tengo y he tenido siempre de inmiscuirme en ella).

En los tiempos de Humboldt, sin embargo, no existían estos prejuicios y la gente se inclinaba más bien a que el que destacaba en un terreno cualquiera, estuviese automáticamente autorizado a especular en todos los demás. Era un poco el espíritu de la época: los frutos de la Enciclopedia francesa y, en el caso particular de Humboldt, contribuyó también mucho a esto la gran amistad que le unió con políticos muy importantes de su época e incluso con jefes de Estado.

Las relaciones entre Alejandro de Humboldt y Simón Bolívar son un buen ejemplo de ello. Cuando, en mayo de 1799, el joven Simón Bolívar llegó a Madrid por primera vez, procedente de Venezuela, Humboldt, que había acudido también a nuestra Villa y Corte para organizar su expedición a América y que encontró toda clase de apoyo de la Corte y de los centros científicos madrileños, partió hacia el nuevo continente y el primer lugar en que desembarcó fue precisamente Venezuela. Sin embargo, ni en Madrid ni en Venezuela se encontraron Humboldt y Bolívar. El encuentro tenía que tener lugar después de cuatro años, cuando Humboldt había realizado ya su célebre viaje a América como naturalista y traído de allí un material enorme para la época, compuesto principalmente de especies nuevas en Europa, y Simón Bolívar, en varias estancias en su país, en Madrid y en París, había dejado de simpatizar con la monarquía española y nuestras instituciones poco liberales de entonces, había mantenido contacto con las juntas secretas re-

volucionarias de los jóvenes sudamericanos y, según parece, con alguna logia masónica. No creo que nadie haya estudiado mejor la evolución psicológica de Simón Bolívar que el malogrado maestro Gregorio Marañón y recomiendo sus escritos a todo aquel que quiera orientarse sobre este particular.

El primer contacto entre Humboldt y Bolívar tuvo lugar en el París de 1804 y ha sido muy bien descrito por Hans Heimann. Eran las vigilias de Austerlitz y de la coronación de Napoleón como emperador y París era el centro político, intelectual y científico del mundo de entonces. No es una época muy edificante del joven Bolívar, que vive una bohemia dorada, brilla en los salones de la época y se deja convertir por sus compatriotas exiliados a la causa de la emancipación de las colonias españolas de América. Alejandro de Humboldt ha encontrado París también completamente cambiado; al mundo revolucionario que había vivido pocos años antes está sucediendo un mundo imperialista bajo la garra del gran corso. Ambos, Humboldt y Bolívar, se sienten decepcionados. Beethoven ha rasgado la dedicatoria de la «Heroica» a Napoleón.

No se sabe quién presentó al ciudadano sudamericano Bolívar al eminente explorador de Sudamérica Humboldt, pero sí que la admiración del primero por el segundo fue inmediata e incluso, en una de las conferencias de Humboldt, se elevó de entre el público la voz de Bolívar para llamarle «el descubridor científico de América». Después, puede asegurarse que en toda la carrera política del «libertador» éste se sintió alentado por las ideas, la amistad y la simpatía del sabio alemán, de manera que puede decirse que éste, al menos ideológicamente, ejerció una evidente influencia en el despertar de Latinoamérica. Sin embargo, sus contactos, en el futuro, no fueron muy frecuentes. Aunque ambos habían acudido a París, en el trascendental invierno de 1804-1805, para asistir a las solemnidades de la coronación, Humboldt y Bolívar en marzo de 1805 se trasladan por distintos motivos y por rutas diferentes a Italia, donde vuelven a encontrarse por última vez. Después ya no tendrán más que contactos epistolares.

Lo simpático de Humboldt en sus manifestaciones de carácter político es que no eran dictadas más que por sus más íntimas convicciones, sin preocuparle nunca el que cayesen bien o mal a aquellos a los que las comunicaba, por poderosos

que fuesen. Así en el regreso de América, en 1804, en lugar de emprender el camino directo de Méjico a Europa, se dirigió por Cuba hacia Washington, a pesar del peligro que representaba el bloqueo inglés. Quería expresar a Jefferson, entonces Presidente de la naciente nación norteamericana, la simpatía que le inspiraban sus deseos de independencia, como había expresado ya que sentía por la liberación de América latina del poder colonial. Pero también quería expresarle otra cosa, y era su inquietud por el problema negro, injusticia ya latente entonces en los Estados Unidos. En su «Ensayo político sobre el reino de la nueva España», había escrito: «Los que están llamados a mirar por la prosperidad del país, deben percatarse sobre todo de la importante verdad de que el bienestar de los blancos está íntimamente unido al de los negros. En ambas Américas no podrá existir ninguna felicidad duradera sin que esta raza negra, abatida pero no despreciable, tenga su parte en los progresos de la civilización y del orden social.» Después de más de un siglo y medio no creo que estas palabras hayan perdido actualidad.

Lo más curioso es que esta noble franqueza de Humboldt no fue nunca obstáculo para la conservación de su amistad con gentes de los matices políticos más opuestos, lo que tan sólo se explica por su extraordinaria simpatía, la sinceridad de sus afectos y la solidez de su amistad. Así, después de la caída de Napoleón es llamado, en 1822, por el rey de Prusia, en el último congreso de Verona, para oír su parecer. No olvidemos que en su juventud había sido condiscipulo de Metternich, quien le admiraba. Todavía en los últimos años de su vida visitó Rusia y Siberia, fue huésped del Zar y allí, mientras encontraba platino en el Ural y creaba estaciones meteorológicas, se lamentaba de la opresión a que estaba sometido el pueblo.

Entre científicos y literatos puede decirse que tuvo la misma fervorosa acogida y sería interesante hablar de sus relaciones con Balzac, el gran novelista, o con Dumas o Liebig, los grandes químicos de la época. Pero quiero limitar a éstos mis tres últimos artículos el modesto homenaje que he querido rendir a la gran figura de Alejandro de Humboldt con motivo de su bicentenario.

Miguel MASRIERA

VARICES

MEDIAS ELASTICIDAD EN TODOS LOS SENTIDOS, surtido completo en hilo y espuma de nylon, las mejores marcas los mejores precios. Disponemos también rodilleras, tobilleras, musleras y pantorrilleras. ORTOPEDIA SABATE calle CANUDA, 7 (esquina a Ramblas)

HERNIADO (QUEBRADURAS)

La solución la hallará, si utiliza nuestros aparatos herniarios (BRAGUEROS) de contención eficaz y garantizados.

MAS DE CINCUENTA AÑOS AL SERVICIO DEL HERNIADO. (Bajo prescripción facultativa) ORTOPEDIA SABATE. Canuda 3, 5 y 7



Compañía Española de Capitalización Avenida José Antonio, 70. Madrid-13

Sorteo mensual de amortización de Títulos

Mes de marzo. Símbolos premiados

N-781 P-565 M-406 CH-511 O-685 M-210 P-280 Z-155 N-777 R-653

GARANTICESE LA FORMACION DE UN CAPITAL Y PRUEBE FORTUNA DIEZ VECES MENSUALES Solicite información

DELEGACION: Junqueras, número 18. BARCELONA

ACLARE SU PIEL

Su piel tiene aproximadamente 50 millones de diminutos poros y grietas donde anidan los gérmenes que pueden causar picazón y ardor, barros, manchas rojas y escamosas, espinillas o psoriasis y picazón de los pies. NIXODERM combate estos gérmenes dejando su piel más limpia, más suave y más atractiva. Pida NIXODERM hoy mismo en su farmacia y ayude a eliminar la causa de la irritación de la piel. Consulte a su médico C.P.S. 4482



PINTE Y EMPAPELE

pagando a

PLAZOS

T. 253-95-98

CALCULADORA CONTEX 55 ELECTRICA - AUTOMATICA 5 AÑOS DE GARANTIA DEMOSTRACIONES SIN COMPROMISO MECANIZACION DE OFICINAS, S.A. Avda. Generalísimo Franco, 431 bis Teléfono 230 52 07 - BARCELONA-11